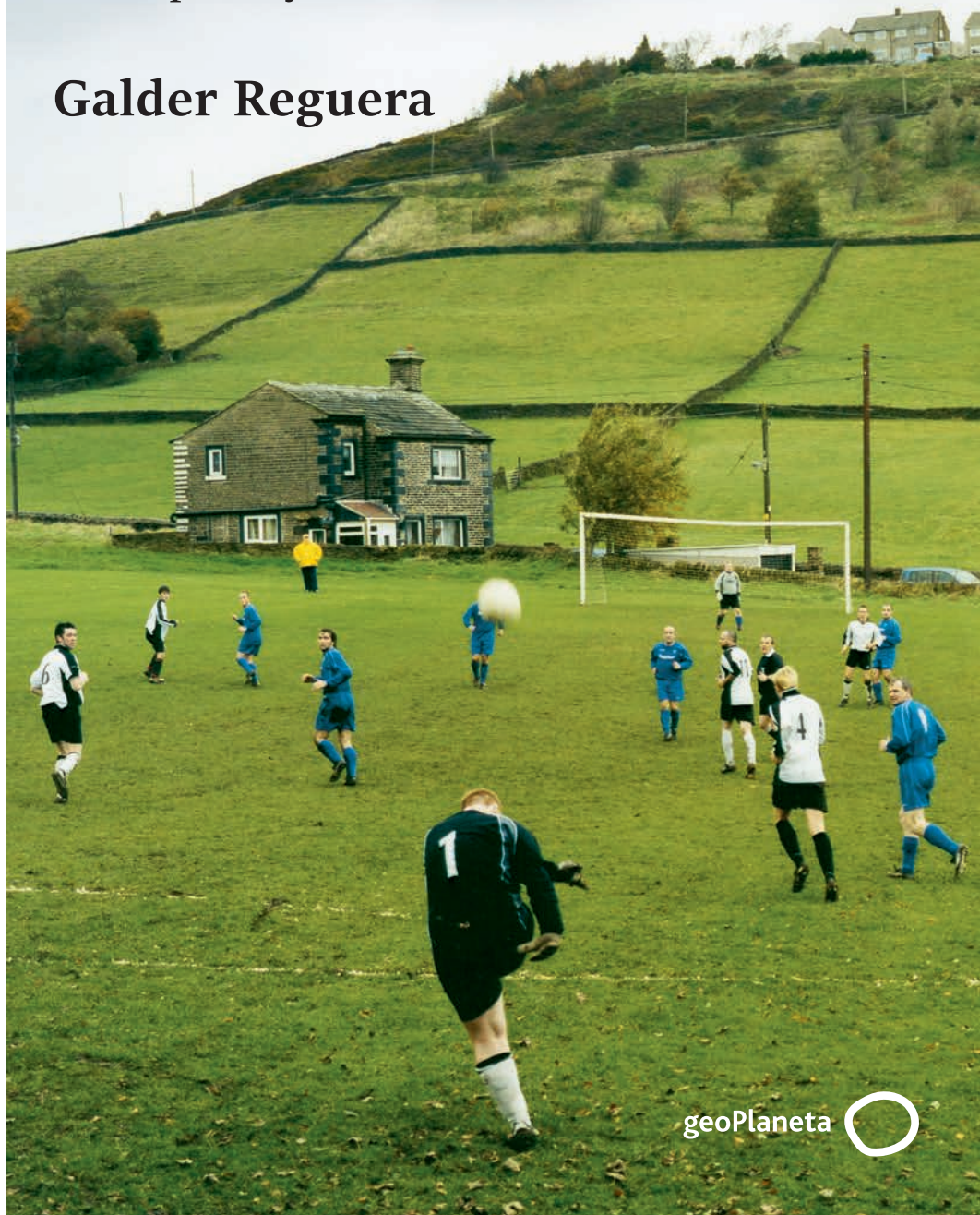


Por qué el fútbol

Textos sobre el sentido de la vida,
del deporte y de todo lo demás

Galder Reguera



Por qué el fútbol

Textos sobre el sentido de la vida,
del deporte y de todo lo demás

Galder Reguera

POR QUÉ EL FÚTBOL

Textos sobre el sentido de la vida, del deporte y de todo lo demás

1.^a edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es — www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2025

© del texto: Galder Reguera Olabarri, 2025, a través de la agencia Ute Körner Literary Agent — www.uklitag.com

ISBN: 978-84-08-30974-1

Depósito legal: B. 12.494-2025

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain — Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



SUMARIO

Escribir de fútbol	13
Por qué lloramos cuando lloramos por fútbol	15
Familia y club	17
Heroínas sin cromo	19
Dioses tristes	20
Siete años y siete días	21
Uno de los nuestros	22
La foto de <i>aitite</i>	24
Un hogar roto	26
Fútbol y política	27
Ronan Pensec, un 10 de leyenda	29
Arcoíris sobre los estadios	31
Felicidad y euforia	33
La Copa en San Mamés	34
Fútbol y comunidad	35
Manchitas de colores	38
Niños jugando	39
Elogio de la rivalidad	42
Llorar	43
Rezos	45
Hojas de hierba	46
Un San Mamés en cada casa	48

Aduriz estará siempre	49
La casa de <i>aitite</i>	50
A propósito de un héroe	51
De entrenadores y legados	53
La carta a los Reyes	54
<i>Estudio Estadio</i> y un <i>topos</i> común	56
Derrotas, hinchas, fans y un amigo	58
Un Tour para él	60
El fútbol, la vida y la muerte	61
El filósofo y el futbolista	63
Fútbol, cultura y espectadores	65
De realidades y videojuegos	66
Lecciones desde los Estados Unidos	67
Adiós a Bouba Diop, un dios menor	69
VARiando de opinión	70
Un hombre como Marino	71
La primera	73
Tan lejos	75
Pasar a la historia	76
<i>Yes, You Can't</i>	77
Fútbol y derechos humanos	78
Balcones de nuestros padres	80
De cuando Ander Izagirre colgó el maillot	81
<i>Who cares?!</i>	82
Fútbol calle, fútbol libre	83
Fracasados	86
Agua, sí, pero en bicicleta	87
A la sombra de los grandes <i>txopos</i>	88
Jugar y ganar	89
Hijos del fútbol	91
Por fin en casa	92

¡A currar!	93
Trabajo en equipo	94
Qué nos gusta cuando nos gusta el fútbol	96
Virtualidad y realidad	97
Fútbol, educación y moral	98
Un instante de expectación	99
Hermanos	101
Manos de ángel	102
Niños, fútbol, ficciones	104
Rivales	105
Algunos hombres buenos	106
Fútbol global, fútbol local	108
Un corazón que grita, más que bombea	109
Identidades rivales	111
Jake Daniels	112
El ser y la nada: sobre ascensos y descensos	114
Autoficción en La Cervantina	115
Perder ganando	117
Los ex	118
¡Qué gesto!	120
El gran ciclo de la Liga	121
El partido	122
El tren de Mbappé	123
Jack y un grupo de amigos	125
El fútbol, la vida y todo lo demás	126
Educar en tiempos de Mundial	127
Política y fútbol	129
Un Mundial sin política	131
Amor al fútbol africano	132
La historia que (no) se repite	133
El tiempo y el fútbol	134

Una historia de fútbol	137
El Espanyol de los Maraños	138
Hombres de negro	139
Dania, Pasic y el fútbol como refugio	140
VAR, paradigmas y tecnología	142
Errar y equivocarse	144
Amor eterno al Sankt Pauli moderno	145
Once barras de pan	146
Elogio de la normalidad	149
El 18	150
Los mil y un millones	151
Calendario y fe	153
Una escena de verano	154
Lo que uno vale	155
De Amaia y San Mamés	156
¿Para qué sirve el fútbol?	158
Cruzar los días	160
Un fútbol mejor	162
Atrévete a pensar	163
Messi o Maradona	165
Esos partidos locos locos locos	166
Una serie de afortunadas casualidades	167
El portero del pueblo	168
Contra el espectáculo	169
Hincha y afición	171
El club de Josu	172
¡Dame tu camiseta!	174
El que mete gana	175
Treinta y ocho días y catorce mil seiscientas noches	177
Odio contra talento	178
Un hombre solo frente al televisor	180

Esa embarcación de la que usted me habla	182
El triunfo del buen hombre	183
El beso del portero	186
<i>Good Bye Bernabéu</i>	187
Orgullosa fútbol local	189
El año que viene, el tiempo que fue	191
<i>Athletic, gu, Gara</i>	192
Futbolista, siempre	195
¡Viva Türkiye!	196
Abrir los ojos	198
Dime a quién animas y te diré cómo eres	200
El resto	202
Nueve a dos	203
Dejar el fútbol siendo niño	204
Ese equipo, como se llame	206
Tiempo, virtualidad y un poco de fútbol	208
Una danza colectiva	209
Escuchando a Maturana	211
El mejor mister del mundo	212
Expectativas	217
Coches grandes: la paradoja del vestuario como lastre social	219
La Intercontinental	221
La plantilla como un puzle	222
El exjugador, el psicólogo y el escritor	224
El ahora del mister	226
¡Aúpa Castellón!	227
Jugar, vivir, sentir narrando	229
Óscar de Marcos, leyenda	232
Elogio de las grandes citas	233
El pequeño Maroan, el gran Maroan y los racistas	234

Un tercera en la final	237
Rivales y amigos	239
El teniente sí tiene quien le escriba	241
<i>What if...?</i>	243
Una conversación en la final	245
La llamada	247
San Mamés y la tía Nati (<i>un texto de 2013</i>)	249

ESCRIBIR DE FÚTBOL

Cuenta Eduardo Sacheri que cuando escribió *La pregunta de sus ojos* lo hizo evitando expresamente el fútbol. El autor argentino, que había logrado reconocimiento gracias a sus narraciones breves con la pelota como protagonista, necesitaba reivindicarse más allá del balón. Quería sentirse escritor sin el balón de por medio. Por eso en esa su primera novela apenas hay una pequeña referencia a cómo el estado de ánimo de uno de los personajes se ve afectado por los resultados de su equipo. Resulta, sin embargo, que cuando Campanella lo citó para ofrecerle la adaptación al cine y la escritura a cuatro manos del guion, le confesó que creía necesario añadir un ingrediente más a la historia. «Por favor, incluyamos algo de fútbol», rogó, y Sacheri accedió, imagino que a regañadientes. Pues bien, precisamente ese ingrediente fue el que dio fama mundial a la película. Hablo de la celeberrima escena de la persecución en el estadio, uno de los momentos más memorables de la historia del cine en español, cuando el asistente de juzgados Pablo Sandoval dice sobre el investigado: «El tipo puede cambiar de todo: de cara, de casa, de familia, de novia, de religión, de Dios..., pero hay una cosa que no puede cambiar: no puede cambiar de pasión».

No hay hinchas que no se reconozca en esa frase.

Yo también, como Sacheri, he intentado regatear al fútbol mientras escribía; y me lo he encontrado a la vuelta de cada página.

Para la pregunta de por qué escribimos, cada autor tiene una respuesta. Me gustó siempre la de Italo Calvino: por la consciencia dolorosa de la propia incompetencia. Pero la cuestión de por qué escribimos lo que escribimos, esa es más compleja, y muchas veces el autor carece de perspectiva, de distancia de sí mismo para responderla. Innumerables veces me han preguntado (y recriminado) por qué el fútbol, y en cada respuesta he intentado explicármelo también a mí mismo. En el fondo, he de confesar, creo que no lo sé. Supongo que en parte es porque uno descubrió la diversidad del mundo en el que vivimos con los Mundiales, entendió parte de la sociopolítica europea con la UEFA y la Champions y aprendió sobre el modo de ser de las personas jugando once contra once con un balón. Sí, como Albert Camus, yo también supe mucho en la cancha sobre mis semejantes y, lo que es peor, sobre mí mismo.

También creo que el fútbol, más que ningún otro fenómeno social, funciona como una suerte de mitología contemporánea que nos puede servir de plantilla para pensar, celebrar y lamentar sobre los seres humanos y su destino. En el fútbol caben la gesta, el drama y la comedia, y un partido ofrece en ocasiones giros de guion que ni el más osado de los escritores se atrevería a plantear. La razón es que se juega con el pie (el gran olvidado de la evolución, en palabras de Juan Villoro) y que la pelota es anárquica e imprevisible, como tantas veces la vida.

Pero fundamentalmente, supongo, escribo porque el fútbol es mi pasión y necesito entenderla y entenderme. Escribo sobre fútbol porque no puedo evitarlo, como no pude evitar llorar abrazado a mi hijo mayor, rodeados de

miles de los nuestros que también lloraban, cuando nuestro equipo logró su último título.

Una lección que aprendí cursando filosofía es que preguntarse el porqué de algo es, muchas veces, recorrer solo la mitad del camino. En ocasiones, la pregunta está incompleta si no va acompañada de su reverso: «¿Por qué no?». Quiero decir, ¿me cuestionaría igualmente si en lugar del fútbol habláramos de otro tema? A la pregunta de por qué escribir sobre fútbol, la respuesta, al menos eventual, puede ser otra pregunta: ¿por qué no?

El caso es que yo no puedo evitarlo. Lo quiera o no, me encuentro en cada esquina con el fútbol. Siempre el fútbol. O, como lo define ese personaje secundario de la novela de Sacheri al que la pelotita le determina el ánimo, «el dichoso, el maldito, el eterno asunto del fútbol».

POR QUÉ LLORAMOS CUANDO LLORAMOS POR FÚTBOL

He regresado muchas veces a aquel momento. Fue la tarde-noche del 31 de agosto de 1991. El Athletic Club estrenaba la temporada en San Mamés ante el Sevilla. Era el debut de un nuevo delantero, Ziganda, recién llegado de Osasuna. Nosotros estábamos lejos, en Ojacastro, un pequeño pueblo de La Rioja, donde se celebraba el bautizo de mi primo Tomás. Yo tenía dieciséis años y me había peleado con mis padres porque quería faltar a la reunión familiar para ir al partido con mis amigos, pero se mostraron inflexibles. Tenemos una foto en el pórtico de la iglesia. Mis padres y hermanos aparecen sonrientes, diría que felices. Yo muestro el gesto del adolescente eternamente enfurruñado. Hasta el último momento mantuve la esperanza de que nos volviéramos pronto a Bilbao y pudiera llegar a tiempo a San Mamés. Pero fue en vano. Los brindis se su-

cedieron y la sobremesa se alargó hasta unirse a la cena. Cuando me di por vencido pedí las llaves del coche familiar y allí, en soledad, mientras observaba el precioso atardecer estival riojano, me conformé con escuchar la narración en la radio. Perdimos por cero a dos. Cuando el árbitro pitó el final, sentí que mis manos se agarrotaban. Creí que los dedos se me iban a romper como palillos. El corazón me latía desbocado y el pecho amenazaba con explotar. Me costaba respirar. Se hizo conmigo una angustia indecible que derivó al fin en un llanto desbordado. Como escribió Gironde, abiertas las compuertas, lloré empapando el alma y la camiseta, nadé en las propias lágrimas. En esas, mamá vino al coche, sospecho que a comprobar si fumaba a escondidas, y me preguntó por qué lloraba. «Ha perdido el Athletic», contesté, y ella negó con la cabeza.

Yo he llorado mucho por fútbol. He llorado mares, océanos enteros por culpa del balón. He llorado de todas las maneras posibles y en todos los lugares. Y en todas esas ocasiones he necesitado justificarme, porque es cierto que tiene algo de feo y egoísta, en este mundo nuestro lleno de dolor y miserias, llorar por fútbol.

Por eso suelo sostener que los hinchas no lloramos solo por fútbol, sino que de alguna manera el balón es un canalizador de sentimientos más profundos (y sensatos), pero no siempre tangibles y concretos como un gol en contra producto de un penalti a todas luces injusto. Diría que el fútbol es como la música: no lloramos por la canción, lloramos con la canción. Por eso el llanto casi siempre nos sobreviene en los minutos finales del partido, en esos momentos en los que la ficción del estadio y la realidad del mundo que durante noventa minutos estuvo suspendida se encuentran temporalmente mezclados. El partido termina y la vida vuelve a nosotros (el verdadero origen de nuestra angustia), pero aún los límites entre el estadio y lo que que-

da fuera son borrosos, como cuando acabamos de despertar y en la mente se mezclan el sueño y la realidad. Por eso creemos que nuestros sentimientos son debidos a la pelota.

Aquella tarde-noche de 1991 contesté a mamá que había perdido el Athletic y ella negó con la cabeza. Pero he vuelto muchas veces a ese momento y hoy sé que en realidad mi angustia tenía otro origen. Terminaba el verano, otra ficción, como la del estadio. Mi mundo estaba cambiando y tenía miedo. Pronto serían los exámenes de septiembre, que ya daba por suspendidos. Mis amigos pasarían de curso y yo me quedaría atrás. Al cabo de unos días, además, se cumpliría un año desde que *aitite*, mi abuelo paterno, había muerto. ¡Lo echaba tanto de menos! Él pagaba mi carné de socio y mi padre ya me había advertido que él no podría hacerlo. En enero el club me daría la baja. Aquel era uno de los últimos partidos de una cuenta atrás. En definitiva: la vida volvía, con sus vaivenes, y yo tenía miedo y por eso lloraba. Pero cómo explicarlo si apenas yo lo comprendía. No sé si mamá sospechó del origen de mi tristeza. Pero después de negar con la cabeza, me secó las lágrimas, me rodeó con los brazos y susurró algo así como que no pasaba nada, que no se pierde siempre y que llegarían tiempos mejores. Y yo pensé en el Athletic, claro, pero supe que mi madre hablaba de lo que quedaba fuera del estadio.

FAMILIA Y CLUB

«Perdí a mi padre y a mi pareja el año pasado. No quiero perder mi club de fútbol, que también amo.» El lamento es de un seguidor del Bury FC, equipo de la League One inglesa que estos días está en riesgo de desaparición, tras 134 años de existencia. Habla a la cámara conteniendo el dolor. Vi el vídeo la mañana del viernes, último día del plazo dado por la EFL para que apareciera un comprador del club ase-

diado por las deudas. Las palabras del hincha me parecieron exageradas. Qué es eso de poner al mismo nivel un equipo de fútbol y quien te ha dado la vida o la ha compartido contigo, me dije.

Pasé después la tarde revisando junto a mi madre fotos antiguas de una caja que hemos rescatado de casa de mis abuelos maternos, ya fallecidos. Aquellas imágenes en blanco y negro o descoloridas por el tiempo me mostraban mi pasado, mi familia, mis orígenes. En muchas de ellas, el Athletic Club estaba presente: banderas en celebraciones, viajes siguiendo al equipo, fotos en las que *aitite*, mi abuelo, que fue quien me abrió las puertas de San Mamés, posaba junto a Gainza, Iribar o Koldo Aguirre. También una postal dedicada por el jugador Jesús Rentería: «A mi amigo Pablito». Observándolas, herido de nostalgia, recordé que justo una semana antes 47 000 personas sonreíamos al unísono al salir de la Catedral, y nos abrazábamos y cantábamos juntos. En ese momento comprendí la tragedia a la que se enfrentaba el hincha inglés y me di cuenta de que había sido injusto al juzgar sus sentimientos. Para quien ha crecido en la grada, familia y club son casi sinónimos. El estadio es un lugar compartido con aquellos que sientes que son de los tuyos, un lugar al que accedes por primera vez de la mano de alguien que te quiere y cuya memoria habita en ese templo.

Por la noche, me sorprendí visitando la web de la BBC con cierta angustia. Leí que había un posible comprador para el Bury, que podría haber una prórroga para el modesto club inglés. Sonreí, aliviado por el hincha del vídeo. No se trata solo de fútbol. Se trata de identidad, de raíces, de comunidad... y de esperanza. La desaparición de un club es la certificación de que nunca volveremos a vivir aquello que nos hizo hinchas, no con nuestros colores. No se trata de partidos y goles, se trata de momentos compartidos. Por

eso el dolor del hincha no era exagerado. Era el dolor de alguien que temía perder una parte de sí mismo.

HEROÍNAS SIN CROMO

Me la encontré en el primer partido de la liga masculina, en la grada. En el descanso se iba a rendir homenaje al equipo femenino del Athletic Club y ella desfilaría en el centro del campo junto a sus compañeras. La saludé con una mezcla de alegría y orgullo. Alegría por verla; orgullo por poder considerarme su amigo. Ella me recibió con la sonrisa de siempre. Cuando le pregunté qué tal estaba, sin embargo, respondió con voz entrecortada. De sus ojos emergieron dos lágrimas imprevistas. Se había roto esa misma mañana, me dijo, quizá por forzar demasiado en el entrenamiento. Con el tono con el que hablamos de la muerte de alguien cercano, reconoció que estaría fuera del campo durante unas semanas. Intenté animarla. Los días vuelan. Tómalo como un pequeño descanso. Agradeció mis palabras, pero concluyó: Galder, tú no lo entiendes. No eres futbolista.

Volví a mi localidad, junto a mi hijo. El pequeño dijo: *aita*, esa es jugadora del Athletic, ¿verdad? Yo asentí mientras la observaba. Me percaté de que ella miraba el partido con el gesto de quien se muere de ganas de entrar a cada balón, de luchar cada jugada, de dejarse el alma corriendo tras la pelota. Sí, es jugadora, asentí. Y de las buenas.

Volví a pensar en ella cuando Panini anunció que este año no habrá cromos de la liga femenina. El director general de la compañía dijo que habían sacado una colección del Mundial y nadie los había comprado. Pensé en ella, en mi amiga, leyendo la noticia antes de la sesión de recuperación. La imaginé cerrando el periódico como quien cierra la puerta de una casa llena de gritos para salir a jugar

con los amigos. La vi en el gimnasio, luchando contra el dolor para poder correr de nuevo lo antes posible.

Para algunos, un futbolista es alguien que sale en los cromos y conduce un deportivo. Pero, en realidad, futbolista es quien ama el juego; futbolista es quien llora el no poder jugar. Mi amiga se muere por volver al verde. Por eso nadie podrá, jamás, negarle esa condición.

Se suele decir que los verdaderos héroes no llevan capa. Las verdaderas futbolistas tampoco tienen cromos.

DIOSES TRISTES

Es una de las escenas que más me ha impactado en un campo de fútbol. Fue en 1998. El Olympique de Marsella se enfrentaba al Bastia. Titi Camara, delantero de los marseleses, falló varias ocasiones de gol, de esas que son tan claras que el hincha se pone a sí mismo como la medida de la total inoperancia, afirmando: «Esa la meto hasta yo». La grada local se transformó en un murmullo de desaprobación. A la cuarta o quinta, Titi Camara por fin consiguió hacer gol. El público, su público, explotó de alegría. Pero él cayó al suelo, rodillas hincadas en la hierba, manos al rostro, abatido por un llanto incontenible. No pudo seguir en el campo. Era la primera vez en mi vida que veía a un jugador que tenía que ser sustituido por una lesión en el ánimo.

He visto más después. A algunos la tristeza los atrapó en mitad de una jugada. Otros fingieron lesiones físicas por temor a reconocer que su dolor estaba dentro de la cabeza. Algunos no pudieron más y se retiraron prematuramente. Casos extremos, y por suerte puntuales, optaron incluso por quitarse la vida.

Esta misma semana hemos visto la imagen de un chico de diecinueve años que, tras marcar ante su público, derramó lágrimas que no eran de felicidad. Hablo, por supuesto,

de Vinícius Jr. y su reacción tras marcar su primer gol de la temporada frente a Osasuna. Después del partido, en rueda de prensa, reconoció: «He llorado porque no estaba feliz».

Se suele comparar a los futbolistas con los héroes de la Antigüedad. Pero en lo relativo a su relación con la grada, sería más adecuado hacerlo con los dioses mitológicos. Porque a los héroes los acompañamos, pero con los dioses no tenemos piedad (ni, por supuesto, paciencia). Aceptamos la caída del héroe, porque es su sino. Al dios, sin embargo, le exigimos eternamente.

¿Quiere la grada al jugador? A veces tiene una manera muy extraña de demostrárselo, como la de esos padres que dicen que pegan a sus hijos por su propio bien. Creo que el símil es válido, porque la ansiedad y la depresión rara vez llegan al futbolista procedentes de los cánticos del rival. Las expectativas inalcanzables, la presión por el resultado y la exigencia de ganar, ganar y ganar, esas vienen de los que son los tuyos y dicen que te quieren. Es a esos a quienes el jugador teme más. Aunque sea temor por no poder corresponder a su amor en forma de goles.

SIETE AÑOS Y SIETE DÍAS

En lo relativo a la carrera de los jugadores, se suele decir que lo difícil no es llegar a Primera División, sino mantenerse. Pero es una media verdad, porque llegar es en realidad muy difícil.

Sin embargo, lo realmente jodido tampoco es mantenerse, sino volver. Cuando uno es joven no se le juzga por lo que es, sino por lo que promete. El canterano y el fichaje inédito remiten siempre a un mañana que se atisba feliz. Toda vez que el futuro no está escrito, para el entrenador, el club, la grada y el entorno, es más fácil dar la oportunidad a alguien

joven que a un veterano que ya tuvo una primera chance. Hacer debutar a un canterano es a veces tirar una moneda al aire. Apostar de nuevo por un veterano es la verdadera jugada arriesgada, pues el jugador curtido es ayer y hoy, es historia y realidad, pasado y presente, no un mañana no escrito.

Escribió Roberto Arlt en uno de mis cuentos favoritos de todos los tiempos: «Nadie se imagina el drama escondido bajo las líneas de mi rostro sereno, pero yo también tuve veinte años y la sonrisa del hombre sumergido en la perspectiva de un triunfo próximo». A veces, despuntar demasiado pronto es una pequeña condena para el jugador, pues se le mide con una vara que es siempre injusta: la de lo que, en teoría y solo en teoría, pudo llegar a ser.

El domingo, uno de esos veteranos hizo su debut en Primera. Hablo de Iñigo Pérez, que había jugado su último partido en la máxima categoría hace siete años y siete días, con la camiseta del Athletic Club. Antes, había sido uno de los jugadores con más talento de Lezama. Pero la mala suerte, las lesiones y esos reveses que a veces tiene el vivir hicieron su aparición, e Iñigo tuvo que reinventarse durante varias temporadas en Segunda División. Lo malo de las travesías en el desierto es que no sabes cuánto durarán. Lo bueno, que siempre te convierten en alguien mejor y que te das cuenta, además, de que es posible disfrutar del camino sobre la arena, ser un Sísifo feliz. El Iñigo que debutó en Primera hace diez años no era casi nada, apenas un niño que soñaba un futuro. El de hoy es un hombre real, con un pasado y un presente. Con el Iñigo de 2009 soñamos los hinchas del Athletic. Al de hoy, aun en la lejanía, le admiramos.

UNO DE LOS NUESTROS

He pasado unos días en Barcelona. Una mañana quedé para desayunar con el escritor Miqui Otero y le regalé el

libro que había presentado la noche anterior, junto con mi amigo Carlos Marañón. Miqui tomó el volumen en sus manos con cariño y, acariciando la portada, me confesó que se ha autoimpuesto una norma: dadas las dimensiones de su biblioteca, desde hace un tiempo siempre que entra un libro en su casa, sale otro. No era su intención, pero sus palabras me generaron cierto desasosiego. ¡Qué responsabilidad! ¿Qué volumen descartaría? ¿Quién sería el autor damnificado? ¿A quién sustituiríamos Carlos y yo? Miqui tiene un niño pequeño. Suyos serán en un futuro los libros de sus padres. ¿De qué obra le estaría privando con mi regalo?

Siempre me han dado miedo las consecuencias de mis actos. Tuve que reprimir la tentación de quitarle el libro de las manos y salir corriendo.

Con los futbolistas sucede algo parecido a lo que ocurre con los libros de la biblioteca de Miqui. Durante un tiempo son los tuyos, pero poco a poco van llegando otros, a los que hay que dejar sitio en un vestuario en el que caben poco más de una veintena. Yo, que siempre he sido muy nostálgico, a veces echo de menos a los jugadores de mi equipo incluso antes de que dejen de vestir de rojiblanco (¡ay, Aritz, no te retires nunca!). Cuando un canterano despunta, no puedo evitar pensar a quién desplazará. Sé que es ley de vida, pero para mí los jugadores del Athletic Club son como esas mujeres del poema de Karmelo Iribarren que pasan por tu vida y nunca dejan de pasar del todo. Siento que siempre serán de los nuestros, estén aún o se hayan ido.

Por eso estos días en Barcelona han estado presentes en todas mis conversaciones tanto Ernesto Valverde (y Jon Azpiazu), ahora en las filas del FC Barcelona, como Ander Iturraspe, que juega para el Espanyol. En cuanto sabía de qué colores era el corazón de mi interlocutor, *blaugrana* o *blanc-i-blau*, le preguntaba por uno u otro. Como si se tra-

tara de familiares queridos que viven lejos, necesitaba saber si les tratan bien allí, si les quieren como les queremos siempre en Bilbao. Y, al despedirme, rogaba a mi interlocutor: cuidádnoslo, por favor, que es uno de los nuestros.

LA FOTO DE AITITE

Tengo cuarenta y ocho años y llevo casi treinta estudiando y trabajando en Bilbao. Sin embargo, durante mis días de rutina, de camino a la oficina o a una reunión, a veces observo las fachadas de los edificios y de pronto me resultan ajenos y siento como si todo lo que me rodea formara parte de una especie de *attrezzo* ajeno, heredado, como los muebles de una casa familiar. Es una sensación parecida a la que podemos sentir los primeros días tras una mudanza a un nuevo piso, espacio ambivalente que es tuyo y extraño al tiempo, solo que yo llevo toda una vida pateando las calles de esta ciudad.

Sé cuál es la razón. Por muchas vivencias que aquí acumule, por mucho que aquí me suceda, a mis ojos Bilbao siempre será la ciudad de *aitite*, mi abuelo materno. Yo vivo en un pueblo, y fue con él con quien pisé de niño por primera vez estas baldosas de cuatro pétalos. Con él recorrí Gran Vía y las Siete Calles, con él entré por primera vez en bares y cafeterías, acudí a misa en Begoña y, por supuesto, fui a San Mamés. Y porque muchas de esas primeras veces en esta ciudad tuvieron como excusa el fútbol, en lo relativo al Athletic Club me sucede lo mismo: para mí, el Athletic es *aitite*.

Aitite era la persona a la que yo más quería en el mundo. A mis ojos, la personalización de todo lo bueno. Murió en septiembre de 1990, de pronto, sin previo aviso, de un día para otro. Ha pasado tanto tiempo que sería difícil encontrar algo en común entre el niño de quince años que era

cuando él nos dejó y quien soy hoy. Sin embargo, aún le echo de menos, cada día. Aún le lloro. Y, a veces, cuando no sé si estoy actuando bien o mal, intento imaginar qué me diría él, si estaría o no orgulloso de mí.

Mi madre, que es artista, pintó un retrato de él que comenzó el día siguiente a su fallecimiento. Se trata de un óleo sobre lienzo que ha estado colgado en el salón de la casa de *amama*, la casa familiar, desde aquel triste año. Uno de los recuerdos que más me conmueven es el de llegar a casa de vuelta del instituto y encontrarme a mamá pintando con los ojos inundados de lágrimas mientras escuchaba el *Adagio* de Albinoni. Aún hoy soy incapaz de oír esa melodía sin sentir dolor en el pecho.

Para pintar el cuadro, mamá se basó en una foto de *aitite* que fijó a la pared del estudio con chinchetas. Y ahí se quedó durante más de tres décadas en las que, poco a poco, la luz fue comiéndose los colores y decolorando la imagen de mi abuelo, que quedó borrosa como sucede también con el recuerdo de las personas que nos dejaron. Una tarde de hace un par de años en la que mamá me enseñaba uno de sus últimos dibujos, señalé a la pared y le pregunté si me regalaba esa foto. Le expliqué que me hacía ilusión tenerla, pues gracias a su retrato es esa imagen de *aitite* la que ha prevalecido en mí sobre todas las demás. Cuando fui a descolgarla de la pared, me quedé de piedra. La fotografía estaba doblada por la mitad. Una parte había permanecido oculta, orientada hacia la pared, durante más de treinta años. Y resultó que ahí, nítido, pues su imagen había estado protegida de la luz del sol, posando junto a mi abuelo, estaba José Ángel Iribar.

Fue una señal. Aquella tarde, al ver la foto completa, sentí que se probaba algo que yo ya sabía: de alguna manera, *aitite* seguía estando aquí, encarnado en el Athletic Club, en Iribar, en los valores que representa.

En Bilbao no hay un día en el que no sienta la presencia invisible de mi abuelo: al cruzar cualquier esquina, al ver una bandera rojiblanca en un balcón, al pasar bajo la ventana del que fue su despacho en los Jardines de Albia, al observar con nostalgia la explanada donde se ubicaba el antiguo San Mamés. Le echo mucho de menos. Pero tenerle presente en el recuerdo y en la vocación de convertirme en alguien de quien se pudiera sentir orgulloso me reconforta y da sentido a mi rutina.

UN HOGAR ROTO

Una pareja es una historia en común. Una separación es, sin embargo, dos historias que divergen. Por eso hay siempre dos verdades. En una ruptura las dos partes tienen razón y están equivocadas al mismo tiempo. Depende de la perspectiva desde la que observemos el asunto. ¿Cuándo comenzó la desconfianza mutua? ¿Cuándo empezó a resquebrajarse la convivencia? Si los implicados ni siquiera coinciden en eso, ¿cómo compartir el relato de los hechos? Para un solo final, hay dos principios diferentes.

Tras la abrupta salida de Robert Moreno de la selección, y por segunda vez en muy poco tiempo, el combinado español es un hogar roto. Al igual que en el Mundial de Rusia, cuando Lopetegui fue cesado por supuesta deslealtad a la Federación al firmar un contrato con el Real Madrid, no es difícil argumentar desde cualquiera de las dos trincheras. Todos tienen sus razones, porque el conflicto no es producto de los resultados, sino que se concentra en el etéreo espacio de las sensaciones y los sentimientos. Luis Enrique acusa a Robert Moreno de traición. El ya ex-seleccionador contraargumenta mostrando un historial de fidelidades al que fue su jefe, incluido el haber estado ahí, manteniendo la puerta entreabierta para su regreso.

Como en cualquier divorcio mal conducido, quien se lleva la peor parte es el tutelado. En este caso, los jugadores, que se quedan en tierra de nadie. ¿Mirará Luis Enrique con ojos entornados a aquellos que hace poco celebraban con Robert Moreno? ¿Exigirá el seleccionador, como acto de fidelidad a su persona, erradicar la figura del anterior? Quien jugó con Robert ¿será ahora un sospechoso? El que antes era suplente, ¿se erigirá como héroe de la nueva causa?

Cuando las victorias llegan, el tópico dice que el vestuario en el que se gestaron, más que un grupo, era una gran familia. El de la selección es ahora un clan dividido. Sus éxitos en la próxima Eurocopa dependerán de que sus integrantes comprendan que una separación no es el fin de una familia, sino su reformulación. Pero para ello son los que decidieron separarse quienes han de darse cuenta de que el conflicto no puede ir más allá de la relación entre ellos dos. Como padres separados: que discutan todo lo que quieran, pero siempre lejos de los niños.

FÚTBOL Y POLÍTICA

Durante mucho tiempo, mi país estuvo dividido entre terroristas y fascistas. No había tercera opción. Ibas a por el pan y habías de elegir si con tu compra apoyabas el negocio de un fascista español o de un terrorista separatista. En ocasiones, algún amigo te retiraba la palabra cuando te veía conversando con otro. A ojos de terceros, intercambiar saludos te convertía en cómplice de los crímenes de ETA o de la guerra sucia del Estado.

Si la cosa hubiera quedado ahí, ni tan mal. El problema se agravaba cuando eras tú mismo el juzgado. Aquello era esquizofrénico. Cada día te achacaban cojear de un pie u otro. En menos de un año, me partieron la cara por *terroris-*

ta y españolazo. Los grupos que me apalearon no diferían mucho entre sí, apenas en la bandera. Y yo tuve suerte: mis heridas de guerra son un diente roto y unos cuantos puntos de sutura. Otros lo pasaron mucho peor, cuando no fueron directamente asesinados.

Creo sinceramente que el fútbol y la política no se pueden separar, porque están esencialmente unidos. El fútbol es el gran espectáculo que es porque, entre otras cosas, permite la escenificación lúdica de la identidad, de las identidades, y, no menos importante, de la diversidad. El partido necesita del otro para ser jugado.

A todo eso se refería Eduardo Galeano cuando escribió que el fútbol es una guerra danzada. A Paul Auster se le atribuye otra frase parecida: «El fútbol es un milagro que le permitió a Europa odiarse sin destruirse». Ambas citas son recurrentes cuando se intenta explicar la tensión o la violencia en los estadios. Pero los análisis que subrayan la parte bélica del fenómeno de la pelota tienden a olvidar la segunda parte de la ecuación: tanto Auster como Galeano inciden en la parte lúdica del asunto. Dicho de otra manera: el fútbol tiene de guerra lo mismo que un grupo de niños jugando a indios y vaqueros con pistolas de madera.

El fútbol es política. Es inevitable. Pero todo sería muy diferente si entendiéramos de una vez que la política ha de ser el arte de convivir con quienes son diferentes a nosotros, con aquellos con los que discrepamos, y nunca, bajo ningún concepto, un espacio de persecución de la diferencia. Debemos aprender a vivir en el disenso. En ese sentido, no pasa nada malo con que el estadio se convierta en un espacio de escenificación de protesta o adhesión. El estadio no es un paréntesis del mundo, ni debe serlo. Pero sí un lugar de convivencia, donde el otro-diferente ha de tener siempre cabida, exceptuando, por supuesto, a quienes hacen de la intolerancia su discurso y niegan la diferencia.